

EL CAMINO DE SANTIAGO: DE LA DISYUNCIÓN A LA CONJUNCIÓN *

Eduardo Barraza Jara

1. PROPOSITO

Este cuento de Alejo Carpentier -incluido en el volumen *Guerra del Tiempo*¹- refiere la historia de un maestro de cantos que, en lugar de continuar enseñando música religiosa, prefirió hacerse soldado de Felipe II. Así, Juan conoce el placer del vino, el juego, el dinero y las mujeres, mientras acompasa con su tambor entradas triunfales en Francia, Italia y Amberes. Más tarde, cuando en Flandes se desencadena una peste, este soldado español promete ir de romería a Compostela. Al respecto, el presente trabajo pretende determinar que la decisión adoptada por el protagonista lleva implícita una disyunción entre el servicio al príncipe y la devoción que se debe al apóstol Santiago.

Téngase presente que Juan de Flandes emprende la romería, pero renunciará a ella en Burgos y, sin cumplir el voto formulado, navegará tras las riquezas del Nuevo Mundo. Al no lograrlas -como deseaba- recuerda la promesa incumplida y decide pagarla. Con este propósito vuelve a España, pero nuevamente desiste, pues prefiere la vida de indiano y pícaro de feria. Por último, antes de retornar definitivamente a América, acude en Sevilla ante el altar de la Virgen de los Mareantes, quien -si se considera lo obrado Juan- se muestra poco dispuesta a acceder a sus ruegos.

Sin embargo, la disyunción de ideales que se advierte en esta historia, experimenta un proceso de neutralización y se resuelve positivamente, cuando el Apóstol expresa que Juan -y otros muchos como él- igualmente le rinden homenaje, puesto que fundan ciudades cristianas para la gloria de Dios (las cuales al mismo tiempo contribuyen al esplendor del Imperio). De esta manera se satisfacen ambos valores y se elimina la tensión suscitada entre ser un soldado, cuya meta es el heroísmo; o ser un romero, cuyo ideal es la santidad.

* Una versión preliminar de este artículo se encuentra en las *Actas del III Seminario Nacional de Estudios Literarios*, Temuco, Universidad de la Frontera, 1984.

2. UNA HISTORIA DE JUAN DE JUANES

En "Semejante a la Noche"² -otro de los cuentos que componen *Guerra del Tiempo*- Carpentier examina la concepción de la guerra desde la época homérica hasta el siglo XX. Al juzgar los respectivos ideales heroicos que los hombres proclaman como fin y justificación para empuñar las armas, se concluye -desde la perspectiva de un soldado acaieno- con la negación de los pretendidos ideales, pues en "las empresas que se escudan detrás de tan elevados propósitos" (pp. 131) existen muchos otros que en nada benefician a los combatientes, ni mucho menos a la humanidad.³

Por su parte, "El camino de Santiago" enfatiza que Europa, en el siglo XVI, padece discordias religiosas que enfrentan a los cristianos entre sí, y en ellas nada hay de épico o digno de alabanza. Por el contrario, manifiestan la disyunción entre los dos ejes que constituyen el ideal de la época: servir al príncipe o servir a Dios. Como consecuencia de lo anterior, el individuo oscila entre apetencias contradictorias, pues los impulsos de un fanatismo o dogmatismo exacerbado lo dejan a merced de los vaivenes de la violencia y de la contrición.

En el relato en referencia, Flandes y Compostela marcan los hitos de un camino antitético limitado por el heroísmo y el martirio. El protagonista es Juan, un soldado de Amberes -incapaz de definirse en este ámbito dual- quien emprende una romería hasta la catedral de Santiago, pero termina embarcándose para el Nuevo Mundo. Allí, como fugitivo en las costas de Cuba, experimentará cómo un católico puede convivir en paz con protestantes y paganos. Pero luego, cuando fortuitamente regrese a Europa, sus amigos serán desenmascarados como herejes. En España renueva su promesa al Apóstol, mas nuevamente desistirá y como Juan el Indiano -junto con un negro- embaucará incautos y pregonará en Burgos las maravillas del Nuevo Continente.

Finalmente, la romería prometida no se cumple, puesto que Juan retornará definitivamente a América. Allí igualmente podrá servir al monarca y a Dios, como fundador de ciudades cristianas, según lo garantiza Santiago, el Apóstol. Por lo mismo, las disyunciones que operan en el protagonista, no pueden ser resueltas desde el ámbito humano y terrenal, sino desde la perspectiva de la Divina Providencia y de una nueva fe, capaz de comprender al hombre en sus debilidades y flaquezas.

La intercesión del apóstol Santiago en favor de Juan -a pesar del incumplimiento de promesas- permite entender que, aunque se tuerzan los caminos

de la vida, siempre es dable al hombre cumplir con Dios y aspirar así a ideales superiores. Para la estructura del relato, esta transformación establece un antes, cuando el protagonista aparecía en virtual disyunción con la meta que se proponía, y un después, cuando se produce la conjunción por atribución, con ese objeto que se pretendía ⁴.

3. EL SIGLO DE JUAN DE FLANDES

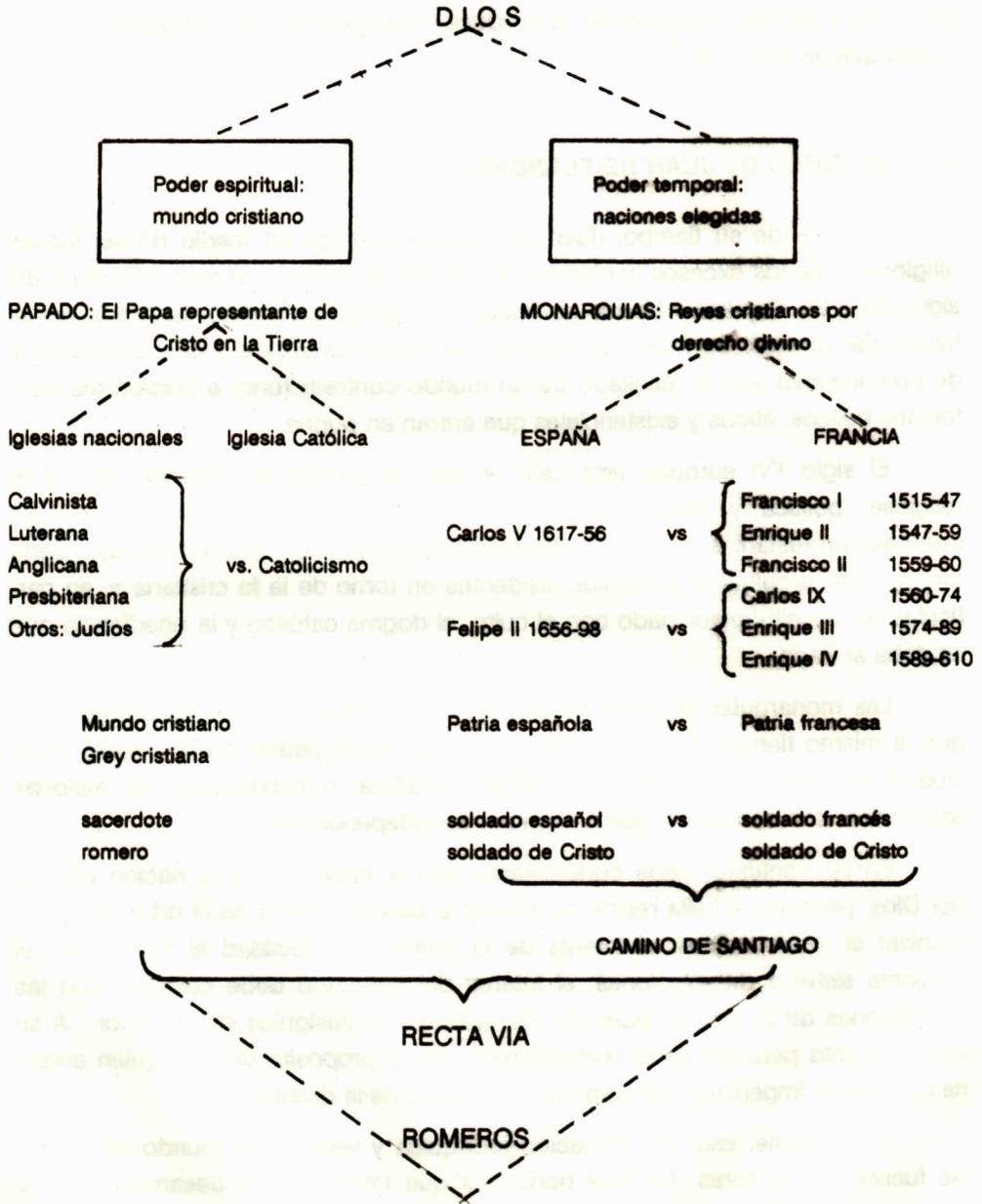
Hombre de su tiempo, Juan de Flandes emerge en medio de las luchas religiosas y de los excesos cometidos en los Países Bajos y en toda la Europa del siglo XVI. Su disyuntiva básica es trocar sus atavíos de tambor de tropa por el hábito del romero, de modo tal que las sucesivas renunciaciones y desdoblamientos de personalidad son el resultado de un mundo contradictorio, e ilustran los contenidos bélicos, éticos y existenciales que entran en pugna.

El siglo XVI europeo está bajo el sello de luchas ideológicas, de índole religiosa, política y nacionalista. La discusión religiosa se expresa en las doctrinas protestantes de Lutero, Calvino, Zwinglio y Knox, principalmente. Cada una de ellas argumenta principios disidentes en torno de la fe cristiana y, en particular, en aquello relacionado con el culto, el dogma católico y la obediencia que se debe al Papa.

Las monarquías se enfrentan no sólo para asentar su poderío militar, sino que al mismo tiempo desean erigirse como los privilegiados constructores de la ciudad de Dios. Otro sector de tensión política lo constituyen las minorías nacionales -como Flandes- que luchan por su independencia.

En tal contexto, debe considerarse que el proyecto de la nación elegida por Dios, para que en ella resida su reino y lo extienda por todo el orbe, exige armonizar el amor a Dios, el interés de la patria y la fidelidad al rey, según el siguiente sistema de relaciones: el interés del soberano debe coincidir con las aspiraciones de la nación, pues en ella radican los designios del Creador. A su vez, el interés personal debe corresponder con el propósito del rey, quien encarna los ideales imperiales, así como los mandatos de la divinidad.

No obstante, esta conformación jerárquica y vertical del mundo no resiste las fuerzas distractoras del nivel horizontal que introducen la desarmonía en el ámbito cristiano ⁵, como puede apreciarse en el diagrama siguiente:



Obsérvese entonces que la proyección vertical ascendente que conducía a reunir la voluntad de Dios en la persona del rey y en la nación, sufre un proceso de inversión. Se desciende a nivel de los proyectos de monarquías -de España y Francia entre otras- y sus consiguientes rivalidades políticas, cuyo fin es detentar la calidad de naciones predilectas del Creador.

La cohesión del mundo cristiano empieza a debilitarse y la pugna política se radicaliza en fanática guerra religiosa en suelo europeo. Flandes es el espacio bélico por excelencia, el ámbito de la lucha inclemente entre católicos y protestantes. La discordia interior polariza a los hombres entre herejes blasfemos y católicos defensores de la Santa Religión.

No extrañará entonces que en "El camino de Santiago" los objetos del culto protestante sean infamados al punto que una iglesia luterana sea transformada en caballeriza y que Europa huelva a "carne chamuscada, ardeduras de sambenitos y parrilladas de herejes. De Holanda a Francia bajan los gritos de los emparedados, el llanto de las enterradas vivas, el tumulto de las degollinas, la acusación, en horribles vagidos de los nonatos atravesados por el hierro en la matriz de sus madres" no católicas (pp. 74-75).

Por lo mismo, la oración se institucionaliza y permite identificar a los practicantes de la religión oficial. Es así como el judío no puede ocultar su secta cuando en lugar de rezar el Padrenuestro, el Ave María o el Credo, entona un salmo de David y se resigna a los golpes y a las cadenas.

Un espacio tan antitético, adquiere connotaciones apocalípticas: "Unos dicen que empiezan tiempos nuevos en la sangre y en las lágrimas; otros claman que roto es el Sexto Sello y pondráse el sol como un saco de silicio, y los reyes de la tierra y los príncipes y los ricos y los capitanes y los fuertes y todo siervo y todo libre, se esconderán en las cuevas y en los montes" (pp. 75).

Junto a la presencia de Dios representado en Felipe II -el paladín del catolicismo- se advierte la fuerza ominosa del mal. Belcebú todo lo hunde en la confusión. En Amberes, ríe en la iglesia de los luteranos flamencos, transformada en caballerizas. En Burgos, disfrazado de cantor ciego, incita y promete a los aventureros, los tesoros americanos.

En la cima de ella, el rey no duda en su rol de "defensor del catolicismo", mientras que la Iglesia fortalece su "Brazo Secular" y por su rigor toda Europa "huele a carne chamuscada" (p. 74), dividiendo ejemplarmente a sus devotos en: romeros o soldados de Jesús y protestantes, esos "corsarios luteranos", "marranos judíos", "hugonotes" y "calvinistas"⁸.

Puesto que los hombres sólo pueden identificarse sectariamente como católicos o herejes, un espacio tal, aparte de la categoría de héroe dará cabida a la manifestación de lo no heroico, pues el individuo ya no participa de un escenario excepcional sino conflictivo y entregado a sus propios medios procura un nuevo tipo humano que asumir en tales circunstancias.

Este arquetipo -fundado en las agitaciones de esa sociedad- dista de ser modelo de la conducta heroica o de moralidad elevada y corresponde más bien a la actitud picaresca.

La época ofrece como alternativa de vida la de ser soldado en Flandes o romero compostelano. Pero a Juan -y a otros como él- le interesa más "correr el mundo" practicando la "profesión militar" antes que dedicarse a la enseñanza de "los coros que cantan al Señor" (p. 22). Y aunque se decida por el trueno de los tambores ello es "un correr el mundo" que no se corresponde con el paradigma del soldado temeroso de Dios y leal al rey.

"Regocijo de mujeres, vino y naipes" (p. 22) es lo que se apetece y Juan, como soldado de Cristo o de Felipe II, ya no es sino el prototipo del pícaro que busca lucrarse festivamente engañando y embaucando.

Juan es un granuja que cae en su propia trampa. Se finge enfermo para que Dios no le mande la plaga, pero al experimentar el contagio emprende la romería, que suspende en Bayona cuando de su piel desaparecen las lacras de la enfermedad. Mas, conserva los hábitos para gozar el albergue, las limosnas de los conventos y de las mozas devotas que en Burgos -a cambio del permiso de besar las santas veneras- le acogen en sus camas.

El espacio del pícaro hace frente justamente al sendero ético y épico dividiéndolo. Juan ha elegido ambiguamente estas sendas mayores, confiado en el aviso de la Fortuna que le ha de ofrecer expectativas de acuerdo a sus terrenas inclinaciones. Para él, más allá de Alcalá está Flandes. Al extremo opuesto de Flandes aguarda Santiago. Entre ambos puntos se interpone la atracción de Burgos y la Casa de Contratación de Sevilla. Allende los mares espera América. Y

hacia el Nuevo Mundo navega este aventurero, ahora con el nombre de Juan de Flandes.

6. NUEVO MUNDO Y VIEJO MUNDO

En "El camino de Santiago", el Nuevo Continente es la ocasión propicia para conciliar el ideal bélico con la caridad religiosa. Para Juan, América es un ámbito fabuloso en donde se cumple el sueño de "un mundo detrás de los horizontes" y "donde los embustes pasaron a ser verdades" (p. 35). El protagonista, soldado y cristiano -harto de masacrar herejes y blasfemos- nota que en las Indias, la Inquisición "se echa a dormir la siesta", puesto que no hay "Iglesias luteranas o sinagogas que incendiar" y los frailes se encogen de hombros cuando los negros practican sus ritos, pues ellos no atentan contra la institucionalidad religiosa española (p. 40).

Pero las instancias temporales del espacio americano no reproducen ni el descubrimiento ni la evangelización -o la conquista- propios para que un hombre de levas como Juan, se integre a un arquetipo militar, social o religioso. Si el suelo europeo es presa del furor, los seres que arroja a las Indias no recuerdan al romero, ni evocan a los soldados de los tercios de Flandes, sino que se adscriben a una categoría de valores inmediatos cuya divisa es "el arte de saltar sobre los demás" (p. 39).

Ahora bien, realidad o sueño de América, lo cierto es que reproduce las discordias europeas a su manera. En San Cristóbal de La Habana todo es chismes, insidias y comadreo. Por lo tanto, la inclusión de las aventuras de Juan en América, hace evidente las contradicciones entre el mito y la realidad. El "arte de saltar sobre los demás" es sólo ficción que se anuncia ya en alta mar cuando el tambor de tropa debe azuzar jocosas carreras de cerdos. En Cuba, Juan no evangelizará ni derribará indígenas, sino que cometerá un supuesto crimen. Obligado a huir, recibirá amparo de herejes y de paganos.

Puede sostenerse entonces que el pícaro se impone como representante de este universo que no procrea ni admite ya héroes. Al extremo que la propia picardía se vuelve contra el truhán: el crimen de Juan no existe y huye de la justicia como si fuera un criminal.

7. NEUTRALIZACION Y ARMONIZACION

En este relato el espacio axiológico, ya descrito, instaura la existencia de dos sectores contrarios cuyo ideologema⁹ exige sus correspondientes jerarquías sociales arquetípicas. Luego de su vértice que ostenta la oposición "cristianismo vs. protestantismo" -cuyo modelo es el rey "campeón del catolicismo"- el paradigma "héroe/romero", o su síntesis "soldado de Cristo", deja paso a esos tristes pícaros que como actores de compañía desbandada "a falta de dinero echan mano a las arcas del vestuario, acabando por ponerse la casaca del bobo del estremés, las bragas del vizcaíno, la cota de Pilatos y el sombrero de Arcadio" (p. 39).

No obstante, el discurso textual de "El camino de Santiago" procura trascender las limitaciones ideológicas y sus coordenadas históricas, sociales y espirituales. Ello exige alternativas que fluctúan entre la posibilidad de acatamiento del paradigma y la neutralización positiva de los valores y agencialidades en pugna. Al respecto, "El camino de Santiago" propone explícitamente dos modos de armonizar las dimensiones disyuntivas desde una perspectiva moral y humana:

1. Las peripecias de Juan en América perfilan un espacio no como mera ilusión, sino como ámbito de experiencias efectivamente vividas. Juan, en el interior de Cuba, descubre una playa propicia que le permite integrar el culto, los intereses y los demás valores dispersos en la realidad. Juan, el católico, convive con un calvinista, un judío, negros e indios. Ello muestra que la tolerancia es posible y ya lo enuncia el Salmo de David: Jehová es "clemente y misericordioso, lento para la ira y grande para el perdón" (pp. 56-57). El episodio muestra igualmente que las mujeres no se contradicen en la condición humana -aunque no pasen de ser negros y duros pellejos de odres, y no las de Italia o Castilla de pechos "sonrosados bajo el encaje de la camisola"- ni tampoco el juego en el que emplean conchas como dinero.

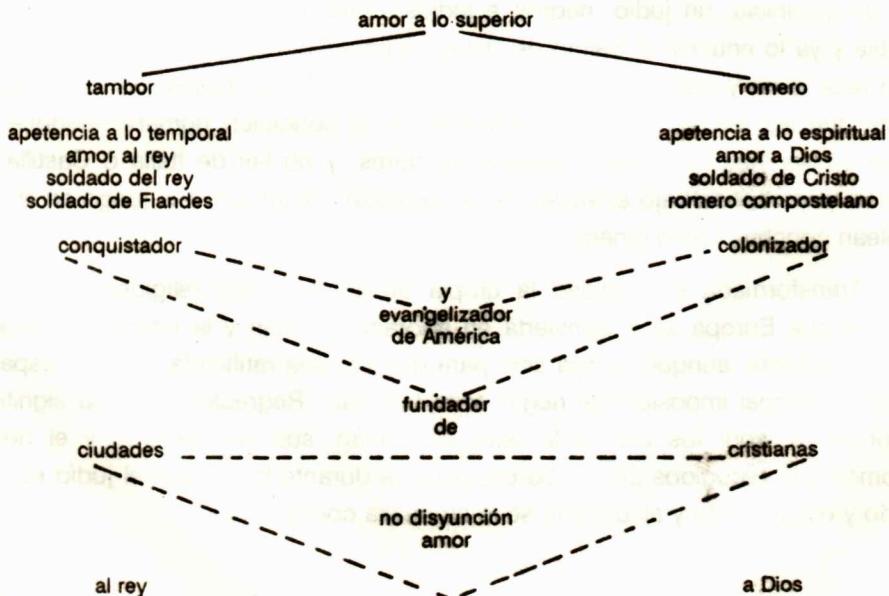
Transformada en realidad la utopía de la concordia religiosa, no es de extrañar que Europa se le convierta en añoranza a Juan y la empiece a evocar nostálgicamente, aunque no sea sino para que ella sea ratificada como el espacio propio y terrenal imposible de negar o de mejorar. Regresar a Europa significa, no obstante, abrir los ojos a la realidad. Juan, sus compañeros y el negro Golomón son recogidos por un barco, pero ya durante la travesía el judío es golpeado y escarnecido y al luterano se le amenaza con la cárcel.

II. De nuevo en España, Juan -que pretendía reasumir su rol de soldado de Cristo- asiste a la reedición de las luchas religiosas, y decide que la opción es otra: transformarse una vez más, pero ahora en un Indiano. Por ello habiendo desembarcado "en San Lúcar llevando el bordón y la calabaza de los peregrinos en cumplimiento de promesa, larga el hábito en Ciudad Real" (pp. 71) y se hace feriante, indiano, pícaro y embaucador de incautos.

La contradicción inicial de soldado y romero persiste, aunque en este momento del relato, ella muestra una notoria reducción: la dualidad se exterioriza en este Juan el Indiano que en un mesón de la feria de Burgos empieza a contar embustes a otro romero llamado Juan "venido de Flandes para cumplir un voto hecho a Santiago en días de tremenda peste" (pp. 71)

La alternativa que el relato postula en esta convergencia de ambos Juanes, tiende a proponer y hacer valer una moral renovadora. Si la dominante del *epos* o del *ethos* ya no es posible, hay que neutralizar los antagonismos entre la apetencia por lo superior: la devoción a Dios y el afán por lo inferior (el placer y el beneficio propio).

Frente a tales oposiciones, la conjunción deberá establecer una estructura que elimine la disposición conflictiva y haga posible la conciliación que está en juego, de una manera como la que se indica en el diagrama siguiente:



CONCLUSIONES

Según lo expuesto, la disposición horizontal de este cuento, imponía que el héroe frente a dos valoraciones igualmente positivas como lo son el amor a Dios y el servicio al príncipe, se decidiera por una de ellas, en atención a la superioridad de ésta sobre la otra.

Pero, al mismo tiempo, una estructura vertical ya estaba explicitada en el mismo código espacial: Campo Estrellado vs. Campo de Flandes. Tal mensaje imperativo es decodificado por Juan, pero no lo asume como un obrar auténtico, sino que procede de manera ambigua¹⁰. Ello lo conduce a superponer y a renunciar sucesivamente a las decisiones tomadas, lo que termina por hacerse insostenible. A raíz de esto, la dimensión vertical debe manifestarse explícitamente como sustento del mundo. El estrato superior, lo divino, representado en el Apóstol Santiago, deberá, por tanto, expresarse verbalmente y decidir el conflicto: "Dejadlos, Señora, dice Santiago, hijo de Zebedeo y Salomé, pensando en las cien ciudades nuevas que debe a semejantes truhanes. Dejadlos, que con ir allá me cumplen" (p. 76).

En suma, entre el servicio al príncipe -como soldado- y el servicio al Apóstol -como romero y/o fundador de ciudades cristianas- entra a actuar el predominio de esto último, como concordancia entre lo religioso y lo profano.

Si el deber del soberano es premiar a sus súbditos con mercedes y riquezas, el hijo de Zebedeo y Salomé reconoce que igualmente "debe algo a sus devotos", aunque estos se conduzcan como pícaros y truhanes.¹¹

Por lo tanto, esta deuda contraída por la devoción prestada -aunque flaqueante- es humanamente entendida, no sólo por el Apóstol, y alcanza tal grado de dominancia que le permite transformarse en "un elemento capaz de neutralizar la oposición entre los individuos"¹² confrontados en la instancia ideológica, puesto que ya no habrá positividad o negatividad absoluta.

En suma, la intensa presencia de este factor de conjunción asimila la disyunción con lo cual se neutraliza la diada "romero/soldado". La inclusión de los personajes en uno u otro rango categorial dejará de ser exclusivamente la connotación ideológica de índole religiosa, pues el status del personaje, y de Juan en particular, procederá de una praxis integradora.

La existencia humana podrá ser entonces valorada conciliando el status político, histórico, social y religioso. La acción del hombre no deberá estar orien-

tada preferentemente hacia las categorías épicas -según las cuales el soldado ve las ciudades para ser atacadas, cercadas y asoladas- sino, más bien, hacia lo épico-cristiano¹³: fundar ciudades, poblarlas y engrandecer por intermedio de ellas la gloria de Dios, del rey y de los hombres.

La estructura espacial del mundo no podrá exhibir dogmáticamente la antinomia: "Campeón del Catolicismo y Demonio del Mediodía" vs. "herejes luteranos, calvinistas hugonotes y judíos". La supremacía moral persiste por encima del ceremonial catequístico que hace a la Virgen de los Mareantes fruncir el ceño cuando ante su altar se postran dos pícaros.

El mundo cristiano, agredido por Belcebú que "todo lo corrompe" comenzará a luchar contra el mal, precisamente transformando el mal en bien, a los pícaros creyentes en buenos católicos y a los cristianos en verdaderos soldados de Cristo y del rey. Habrá así cien ciudades nuevas para el campeón del catolicismo y para el Apóstol-Soldado del mundo cristiano, cuyas reliquias fueron descubiertas en Compostela el año 813.¹⁴

NOTAS Y REFERENCIAS

1. Alejo CARPENTIER: *Guerra del tiempo*, Tres relatos y una novela. ("El camino de Santiago", "Viaje a la semilla", "Semejante a la noche", "El acoso"). México, Cía. Gral. de Ediciones, 1971. Las citas se harán por esta edición.
2. "Semejante a la noche". En: *Guerra del tiempo*, op. y ed. cit. pp. 109-132.
3. "Constatamos que en el relato triunfan los que proyectan la ilusión desde la realidad y fracasan aquéllos que proyectan la realidad desde la ilusión". Dieter OELKER: "Morfología de un relato de Alejo Carpentier". En: *Revista Chilena de Literatura*, N° 12, Santiago de Chile, Universitaria, octubre de 1978, p. 89.
4. Al respecto, Cf. J. A. GREIMAS: "Un problema de semiótica narrativa: los objetos de valor". París, *Langage*, 19, pp. 13-34.
5. "Horizontal es todo lo contiguo, lo no enlazado, todo lo que descansa en sí mismo como punto; vertical es lo enlazado, superordenado, constructivo, diferenciado". Leo POLLMAN, *La épica en las literaturas románicas*, Barcelona, Planeta, 1973, pp. 116.
6. En un espacio bélico los personajes no se definen según un conflicto individual con la sociedad, sino conforme a su inserción en los conflictos societales. Cf. al respecto, Larry CHRIST: "Deep structures in the chansons de geste: Hypotheses for a taxonomy". *Olifant*, Volumen 3, N° 1, octubre de 1975.
7. Sobre la tipificación de los personajes en el texto épico, Cf. Paul VAN NUFFEL, "Problèmes de sémiotique interprétative: l' épopée". *Lettres Romanes*, 27, 1977.

8. Sobre marranos y protestantes, Cf. A. S. TURBERVILLE: *La inquisición española*, México, F.C.E., 1960, capítulos V y VI.
9. "El ideograma de un texto es el lugar en que la racionalidad concedora integra la transformación de los enunciados (a los que el texto es irreductible), en un todo (el texto), así como las inserciones de esta totalidad en el texto histórico y social". Julia KRISTEVA: *El texto de la novela*, Barcelona, Lumen, 1974, pp. 16.
10. Juan, como el acaieno de *Semejante a la noche*, "ha sido llamado y en su interior se debaten los sentimientos contradictorios de la grandeza de la categoría a que pudiera incorporarse y de las humanas debilidades que se le interponen". Carlos SANTANDER: "El tiempo maravilloso en la obra de Alejo Carpentier". *Estudios Filológicos* N° 4, 1968, pp. 119.
11. Teológicamente, no podría hablarse de obligaciones del Apóstol, por justas que aparezcan. El verbo "deber" luego de expresar la "causa meritoria" ha pasado a denotar la "causa eficiente". El mérito de la oración o de las obras, hace (causa eficiente) que Dios perdone. No será lícito pensar que Dios tiene la justa obligación de perdonar porque (causa meritoria) así lo merecen las plegarias proferidas. Cf. Emilio MARTINEZ: *Diccionario gramatical*, Barcelona, Ramón Rueda, S.A., 1961, pp. 454.
12. Sobre la neutralización, Cf. Paul VAN NUFFEL: op. y ed. cit. pp. 157.
13. Cf. al respecto Gilberto TRIVIÑOS: "Epopéya cristiana y epopeya pagana: un diálogo textual polémico". *Universidad de Concepción*, 1975.
14. La neutralización propuesta permite aprehender el significado del relato, no sólo como una "interpretación colectivista de la historia", según Hugo RODRIGUEZ: "Sentido de *El camino de Santiago*". En *Asedios a Carpentier*, Santiago de Chile, Universitaria, 1970, pp. 165-176, o como un elemento de "la máquina maravillosa épica", señalada entre otros por Carlos SANTANDER: "Lo maravilloso en la obra de A. Carpentier". En: *Homenaje a Carpentier*, New York, Las Américas, 1970, pp. 104.